

La Juventud Literaria

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

AÑO XII.

DIRECTOR PROPIETARIO:

Ramón Blanco Rojo.

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En Murcia y Loren, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pts. trimestre.
Número suelto 10 cts. Redacción: Victoria 53.

COLABORADORES:

Todos los suscritores.

NÚM. 518.

MURCIA 1.º DE ABRIL DE 1900.

La Juventud Literaria

DE ACTUALIDAD

Por verter sanas doctrinas
crucificaron á Cristo,
y al tener esto presente
me acuerdo de Paraíso.

Con sardinas todo el año
el pobre pasa la vida,
por esa razón el pobre
tiene una vida de espinas.

Al preguntarle á un cacique,
que la echaba de católico:
«¿Tiene usted bula?» Me dijo:
«Tengo bula... para todo.»

No se regenera España
en tanto no llegue el día
que el obrero fume brevas
y el rico fume colillas.

Odia las espinas tanto,
que la espinaca rechaza
tan sólo porque hay espinas
en la palabra «espinaca.»

Al ver el salmón, me acuerdo
de los altos empleados,
y de los contribuyentes
cuando veo el bacalao.

Hublando de ratas, dijo
un señor el otro día,
que él había visto ratas
en las cajas de cerillas.

Se dice que un Ministerio
«partirán, por gala, en des».
Lo malo es si multiplican
los gastos de la Nación.

Dicen que los españoles
mucho cangrejo comemos,
y que, por lo mismo, vamos
hacia atrás como el cangrejo.

VICENTE RUBIO.



EL CONDE Y EL PASTOR

Pues señor, éste era un conde muy poderoso que hace muchísimos años vivió en un pueblecillo inmediato al mar, conjunto de treinta casas arrulladas continuamente por las olas de aquella especie de lago, tranquilo siempre.

El conde, como señor feudal y dueño de vidas y haciendas, vivía en un castillo, en clavado en la cumbre de la montaña más alta, donde á todas horas se veían brillar las armaduras de los arqueros, que custodiaban la fortaleza del poderoso castellano.

Don Onofre, que así se llamaba el linajudo aristócrata, solía aprovechar los días mejores, organizando grandes cacerías, donde se desplegaban un lujo y una ostentación exorbitantes.

Tan pronto como aparecían en Oriente los primeros rayos del sol, dorando las almenas del castillo, caían sobre el foso los puentes levadizos con gran estruendo de cadenas, resonaban las trompas de caza, y el conde, seguido de muchos servidores, daba principio á la caza, soltando la hermosa jauría de perros que acosaban á los gamos.

En cierta ocasión, encontrándose en el monte la comitiva, el cielo se oscureció de pronto, y antes de que nadie pudiera preservarse de la lluvia principió á caer un aguacero torrencial, que en pocos momentos puso á los cazadores mojados como una sopa.

El conde, húmedo hasta los tuétanos y renegando del pícaro tiempo que tan mala pasada le jugara, consiguió guarecerse en una choza humilde, situada entre la quebradura de una roca.

Viejo y pobre era el mobiliario de la mezquina vivienda; pero más

viejo y más pobre aún era el anciano pastor que se encontraba dentro... Al ver al poderoso señor con las ricas vestiduras húmedas, sucia la brillante pluma del casco y llenas de lodo las lustrosas polainas, el viejo creyó que la cabaña se le venía encima y se puso á temblar como un condenado á muerte.

Dió la casualidad que por aquel día, el conde estaba de buen humor, y, sin duda, hubo de impresionarle la calva del pastor y las barbas enmarañadas que le llegaban cerca de la cintura, porque haciéndole una seña para que se aproximase, le preguntó:

—¿Como te llamas, buen hombre?

—Justo, señor,—murmuró el viejo, con la voz entrecortada, extrañándose del interrogatorio y de lá forma cariñosa en que se hacia.

—Pues bien, Justo; ya que me ofreces hospitalidad, quiero protegerte. ¿Qué oficio tienes?

—Me ocupo en guardar los ganados del señor conde.

—¿Y qué sueldo gozas?

—Menos de lo que gasta cualquiera de los caballos que mi señor tiene en las cuadras; pero lo bastante para mantenerme.

El viejo de las barbas blancas se había animado y contestaba con voz firmes y entonación segura. Por eso al señor feudal, hubo de chocarle aquella contestación y deseando aclarar lo que hubiera de cierto, después de un momento de pausa, interrogó:

—¿De manera que estás contento con tu suerte?

—Quien no ha gozado nunca mayores beneficios, no debe desear mayores ventajas—repuso el pastor riéndose socarronamente.

—Pero, ¿como, con la miserable soldada que ganas, puedes vivir?...

—Pues vivo tan bien, señor, que como, pago deudas atrasadas, pon-

go dinero á rédito y tiro dinero.

Si por casualidad hay alguna muestra en la cabaña, se la traga al conde; tal boca abrió demostrando la extrañeza que le causaban las palabras del viejo. Después, comprendiendo lo absurdo de tales manifestaciones, dejó escapar una serie de carcajadas ruidosas, que duraron largo rato... A Justo debió hacerle daño aquella incredulidad y poniéndose muy serio, volvió á decir:

—Estoy dispuesto á probarlo; con el medio escudo que me daís, señor, «pago deudas atrasadas, pongo dinero á rédito y tiro dinero».

—¿Serás capaz de demostrarlo?—dijo el conde, entre risueño y confuso, al ver la digna actitud del anciano.

—Ahora mismo. Que cómo, no necesita demostración, pues vivo y nadie vive sin comer. Tenga la bondad de acompañarme el señor conde.

El aristócrata y linajudo D. Onofre, siguió al villano, dispuesto á reírse de sus tonterías, mientras éste describiendo con mano segura una cortina encarnada, puso al descubierto una alcoba donde había un lecho y sobre él, cubierto de mantas, un viejo más viejo que Matusalem, con los ojos hundidos, huesoso y amarillento como la cera virgen.

Mi padre, al que mantengo,—dijo el pastor, señalando el esqueleto animado.

—Aquí puede ver el conde que «pago deudas atrasadas». Asómese por esta ventana, ¿Qué vé el señor al pie de estos muros.

—Un buen mozo, fornido y trabajador al parecer,—repuso D. Onofre, admirado del ingenio del viejo.

—Es mi hijo. Hoy le mantengo porque es joven. «Pongo dinero á rédito» como aseguré antes. Cuando yo no pueda trabajar, al mantenerme me pagará todo lo que me debe.

